

EDUCAR CIUDADANOS

Julio Seoane Pinilla

JOSÉ RUBIO-CARRACEDO y JOSÉ M.^a ROSALES (eds.), «La democracia de los ciudadanos», Málaga, *Contrastes Revista Interdisciplinar de Filosofía* (suplemento 1), 1996

FERNANDO BÁRCENA, *El oficio de la ciudadanía*, Barcelona, Paidós, 1997.

Como todas las cosas de este mundo, la filosofía moral y política también tiene sus modas. La pasada década parecía que uno no estaba en el mundo del pensamiento si no daba cuenta sobre la fundamentación o no de nuestros conceptos éticos y políticos. El tema del fin de siglo es la ciudadanía. No como todas las cosas de este mundo, cuando en filosofía —y particularmente en la filosofía moral y política— un tema se pone de moda es porque algo ocurre en nuestra realidad cotidiana, porque hemos detectado una fractura, un problema, una incomodidad en los modos en como establecemos nuestra vida. Dar vueltas a la cuestión de la ciudadanía no podía menos que acontecer en un fin de siglo marcado por procesos de fragmentación multicultural y con un desapego democrático que nos lleva a reflexionar con preocupación por cómo sostener el modelo político que a todas luces consideramos más justo. Entre ambos puntos se mueve

el libro que Rubio-Carracedo y Rosales han editado recogiendo quince artículos que prioritariamente inciden en el segundo aspecto mencionado. Éste se especifica en una pregunta constante en todo el libro: ¿puede existir una democracia sin ciudadanos?

En efecto, a poco que se mire descubriremos que si bien parece de común asentimiento que la democracia es el modelo político más deseable y deseado, lo cierto es que los ciudadanos que viven en las democracias más avanzadas muestran un desapego enorme y una preocupante falta de implicación en sus sistemas de gobierno. La pregunta que subyace a los ensayos que componen el libro es simple: ¿por qué apostar por la democracia si ha degenerado en un sistema poco sentido, con poca adscripción, no internalizado en la vida cotidiana de los individuos? La solución que subyace en cada ensayo es idéntica: vivir la democracia es recuperar la ciudadanía. Se trata, pues, de ver qué significa esta recuperación de la ciudadanía y cómo se puede conseguir.

Me atrevería a decir que en último término la ciudadanía es a la vez una construcción de la identidad social e individual. En torno a las nociones de una ciudadanía democrática cada hombre y mujer debería construir no sólo su propia adscripción so-

cial, no sólo su vida con otros hombres y mujeres, sino también su propia identidad individual. La democracia, desde esta perspectiva, resulta el ámbito en el que configuramos nuestra vida en común al tiempo que es también el lugar de la estilización de nuestra identidad. Dicho así, puede parecer muy alto el listón puesto a la ciudadanía democrática, pero, en todo caso, bien pudiera tal altura funcionar de faro guía. En cualquier caso, aun sin tantas expectativas, los ensayos de este libro caminan bajo la convicción de que tener una democracia institucionalizada es ya consecución más que loable, pero muchos problemas nos plantean si tal institución no se aúna con un vivir la democracia, un sentirse íntimamente concernido por los conceptos democráticos modernos.

En tal sentido no son pocos los artículos que en este libro se dedican a constatar que la funcionarización —mejor que institucionalización— de la democracia conlleva precisamente una rotura de la implicación ciudadana con su sistema de convivencia social que redundará en la muerte por anquilosamiento y olvido de la democracia. Los artículos de B.R. Barber, I. Sotelo, Vidal-Beneyto, E. Días, E. Punset o S. Giner muestran, tras un fino —y ameno, lo cual no es poco— análisis de nuestra realidad política que son pocos los ciudadanos concernidos por la democracia. Y lo que es peor, pocas son las oportunidades que a la ciudadanía se le ofrecen para implicarse en una ciudad democrática. Como era de esperar el resto de los artículos también parten de esta «fractura de la implicación» que da un cierto tono pesimista al conjunto del libro. De hecho el primer artículo, el de B.R. Barber, ya plantea si nuestra época no será una época «postdemocrática» (35) y el siguiente artículo, el de I. Sotelo, nos presenta la descomposición de la democracia que adviene como fruto de la descompo-

sición del Estado —de bienestar— en el que se sustenta. Venga esto último motivado por la sustitución de la política por relaciones de poder entre partidos (y la sustitución del Parlamento por el Mercado), tal como plantea I. Sotelo, o venga motivado, como presenta Barber, porque se nos ha quitado la plaza pública para reunirnos (y sin plaza, ¿para qué la igualdad de voz, la tolerancia ante otras voces...?), lo cierto es que hoy —y ésta es idea de todo el libro— ya la política —aun cuando democrática— no representa a la sociedad civil. Como «resume» E. Punset, lo que quieren los ciudadanos, los ámbitos en los que establecerían sus vidas, nada tienen que ver con los ámbitos que la política regula como ámbitos de ciudadanía (102).

A este respecto en este libro se reflejan dos modos de apechar con esta rotura de la ciudadanía. Por un lado está el modo que podríamos denominar más tradicional, según el cual este concernimiento, esta implicación de los individuos con los conceptos e imágenes democráticas, se salva repitiendo las indudables ventajas de los mismos, proclamando y haciendo apología de los tradicionales tópicos democráticos como la libertad de expresión, la tolerancia, etc.; y al tiempo que tal se hace, se desliza un lamento porque la democracia está tan alejada de su nivel teórico que parece haber olvidado que es la mejor de las concepciones de gobierno que jamás hemos pensado. Es innegable que, tal y como se nos repite en varios lugares de este libro, «la democracia ciudadana parte del hecho incontrovertible de que la participación activa de los ciudadanos» es idea irrenunciable (16), pero considero que si hemos llegado a nuestra «fractura de la implicación» ha sido porque esa participación —que en esta línea tradicional se entiende como *universal*— trae problemas: es difícil elucidar cómo debiera ser esa

participación total; y lo que es más, es difícil imaginarla como posible o deseable. Al final, como no podía resultar de otra manera, tal participación sólo se logrará con una «sólida» instrucción (¿domesticación?) cívico-moral (16).

Estupendos estudios nos muestran las ventajas de los conceptos que sostienen nuestras democracias, lo conveniente de defenderlos, pero, menester es decirlo, parecen olvidar que si hoy existe cierto desapego ciudadano éste proviene, entre otras cosas, de que siempre se nos ha predicado la democracia *demostrándonos* su bondad y verdad, pero sin darnos planes para vivirla. Recetar la receta es, a mi parecer, aceptar la enfermedad como algo propio de nuestro mundo, tan propio que sólo se puede huir de ello saliéndose del mismo. Así, por ejemplo, decir que el «ciudadano ha de ceder mucho de sus impulsos egoístas en favor del interés común» (97), siendo cierto y loable es tanto como no decir mucho, pues, como el tiempo nos ha enseñado, precisamente la disputa está en enseñar a «ceder», en cuánto se puede ceder. Y remitir esta medida del ceder a las políticas cotidianas nos haría preguntar para qué entonces el sesudo estudio. Quizá el *quid* de esta postura es que loablemente pretende complementar la tradicional política universalista con una política del reconocimiento (148) con el voluntarioso empeño de añadir algo bueno a lo mejor, pero sin entender que muy posiblemente ya no podemos pensar en términos preocupados por una ciudadanía universal, por un ciudadano concernido en cada punto —y concernido democráticamente— con la vida social.

Personalmente me parece más relevante la otra postura que aparece en el libro a la hora de tratar este concernimiento con los conceptos e imágenes democráticas. Esta postura sería la que intenta plantear la ciudadanía sin recetas, sin grandes ob-

jetivos, sin un gran aparato de fundamentación teórica, sino tan sólo como una invitación a construir parcelas de vida democrática en determinados dominios. Es sobre todo en esta «zona» de libro donde las propuestas se acompañan de análisis que muestran la degeneración de la política democrática, funcionarizada más que institucionalizada, de mercado más que electiva, impositora más que imponente, y sobre todo el convencimiento de que ya no podemos confiar en la política democrática que de hecho tenemos para desarrollar la democracia. No es tanto que nuestros conceptos hayan fracasado, es que la política democrática que conduce el cotidiano camino de nuestros sistemas políticos no es capaz de desarrollar la democracia.

Mientras que ante la «fractura de la implicación» en la anterior perspectiva la solución venía dada por la instrucción en los tradicionales valores democráticos (oportunamente actualizados), aquí aparece como una invitación (moral me atrevería a decir) a participar en los nuevos movimientos alternativos, en las asociaciones que al margen del debate político más funcionarizado parece que muestran lugares de participación, ámbitos donde todavía es posible la ciudadanía (i.e., el hacerme con otros en democracia). Aquí el texto de Vidal-Beneyto es revelador: «Ya sé que la práctica efectiva de la sociedad civil [...] no va a darnos de golpe otra realidad. Pero, junto a otras tantas acciones que pueden intentarse, va a ponernos en camino de esa ciudadanía posible que los profesionales de la política se empeñan en hacer imposible. Y van a ayudarnos a abrir en el consenso partitocrático una pequeña brecha por la que puedan entrar los vientos de la democracia del siglo XXI. ¿Nos ponemos a ello?» (140). Bien pudiera ser que la confianza que muestran algunos de los artículos recopilados en los

movimientos de la sociedad civil fuera excesiva, pero, en todo caso, lo cierto es que no se puede negar que tienen toda la razón para ver en esa sociedad civil el único refugio de la democracia (no ya en los conceptos que indudablemente son inmejorables, sino en la sociedad civil y esta diferencia me parece más que relevante). Creo que el mérito de los pormenorizados análisis que en este libro se dan cita es el mostrar que sólo en esa sociedad civil cabe ver la ciudadanía como una construcción de la identidad social e individual. El mismo hecho de intentar recuperar el altruismo como clave de una democracia multidimensional («aquella cuyos procesos de representación y participación [...] se plasman también en asociaciones cívicas, es decir voluntarias, altruistas» [269]), como ocurre en el artículo de S. Giner, ya es un modo diferente de apechar con el tema de la implicación ciudadana. Quizá sea que debemos reformular los antiguos ideales democráticos con nuevos conceptos *fundamentales* como el del altruismo, la solidaridad o la fraternidad que por más de establecerse en el nivel de la apuesta, de la implicación moral y no de la fuerte argumentación teórica, conllevan una idea de universalidad algo más frágil y contingente: suponen una participación ciudadana no siempre concernida: «el hombre moderno (perdóneseme aquí la abstracción) podrá ser a menudo políticamente apático y abstenerse de votar o de afiliarse a partidos o sindicatos, pero hoy esa aparente apatía no impide que muchos ciudadanos participen en actividades “privadas” en la esfera pública que tienen repercusiones [...] para el bien común. Tales actividades mejoran la calidad de la democracia» (277).

Aunque con distintas perspectivas, como vemos, en ambas posiciones se trata de construir un mundo compartido, de relacionarnos con los demás en democracia

para reconocernos a nosotros mismos como demócratas. Obviamente el mejor ejemplo de invitación a construir un mundo compartido es la educación. Y desde este punto de vista, aunque yo haya podido dar la impresión de una doble línea completamente separada en el libro, no andan muy alejados los análisis más tradicionales de aquellos otros cuya esperanza democrática se estipula en una invitación a actuar como demócratas. Ahora bien, lo cierto es que esa educación sería bueno no comprenderla como una mera instrucción en los términos democráticos, sino como un verdadero proceso de estilización que precisa para sí de especificarse en la implementación de los conceptos e imágenes democráticas.

Desde aquí arranca el libro de F. Bárcena. El motivo es similar: no hay democracia si no la enseñamos como un mundo donde nos va la vida. En la línea del libro anterior, la noción de apuesta, de compromiso con la democracia, es fundamental. De compromiso donde, dígame de paso, se puede tanto ganar como perder. En ese sentido, el intento de Bárcena es explicar «cómo se configura desde la reflexión educativa el *compromiso* con una educación política en la que el juicio y la actividad del pensamiento y la reflexión ocupan un lugar fundamental, aunque probablemente no único. Porque la asunción de un compromiso exige, fundamentalmente, la capacidad —y la voluntad— de comprender aquello hacia lo cual uno se compromete» (19).

Siendo similar el punto de partida, aquí el tono es algo diferente al libro que acabamos de reseñar. Siquiera porque más que espantado es un libro que reacciona de un modo sensible, es un libro cuyo interés (defender los conceptos e imágenes democráticos por la vivencia que de los mismos hacemos) surge tras haberse afectado sinceramente por los debates que a principio

de esta década, sobre todo en el ámbito anglosajón, se dedicaron a debatir qué educación podemos construir que provea para la democracia y, a la vez, sea fiel con el establecimiento de un sistema donde cabemos todos, donde todas las culturas, todas las voces, pueden encontrarse.

En efecto, comienza el autor dando cuenta de ese debate, mas no se detiene aquí, sino que su propósito es buscar algún tipo de solución adecuada a nuestra realidad democrática que, para él, vendrá de la mano que la inspiración de Arendt le proporciona. Como el mismo autor dice: «este no es un ensayo sobre Arendt, pero no lo hubiese podido escribir sin la fuente de inspiración que ha constituido para mí la lectura de sus libros. Pues ha sido como consecuencia de esta lectura que mi atención al debate entre los pensadores liberales y comunitaristas [...] sufrió un cambio de enfoque» (15). Es a través de la atención a la comunidad como el lugar que las identidades democráticas necesitan para construirse, como es posible concebir la educación que establezca la democracia. Porque frente a los artículos anteriores que entran dentro de la línea que califiqué como de «tradicional», que de modo casi ineludible terminaban con el deseo de promover una educación ciudadana, una instrucción en los valores democráticos, Bárcena reconoce que «la pregunta ahora ya no era qué es eso de la educación ciudadana, a secas, sino qué tipo de "educación" parece pedir la formación de la civilidad en una época como la nuestra» (15-16). En este sentido una educación política es, sobre todo, concebir un proyecto de formación de la civilidad (52) y por ello no se puede plantear ninguna filosofía política sin una reflexión sobre la educación para la ciudadanía y viceversa (58). La misma reflexión debe «adoptar una actitud más práctica, no meramente utilitarista» e integrarse en la

apuesta por una sociedad «más libre y humana» (63).

No es este lugar para hacer un resumen del libro de Bárcena, quede tan sólo dicho que como fuere la educación, lo cierto es que para el autor debe entrar dentro de una apuesta: el compromiso democrático. Dije antes que en una apuesta se puede ganar y perder, y de esto Bárcena, de la mano de Arendt, es muy consciente; de hecho, al finalizar su libro terminamos convencidos de que si bien la actividad política confirma la ciudadanía como un lugar donde uno se compromete para realizarse dentro de unos valores (libertad, igualdad...) que reclama para su misma autentificación, tal ciudadanía es esencialmente contestable, frágil, mediada por el conflicto. Si la educación ha de enseñarnos a vivir los conceptos democráticos, a sentirlos como parte de nuestro mismo desarrollo en el mundo, no podemos olvidar que vivir significa, cómo no, aceptar el conflicto. Y el conflicto no al modo filosófico, no como lugar de encuentro de ideas, sino el conflicto como contraste y contradicción de hegemonías. Bárcena nos recuerda que Arendt insiste en la inevitable unión de participación cívica y libertad política; la libertad misma «no es tanto un atributo de la voluntad ni del pensamiento, sino de la acción, cuya naturaleza es eminentemente política» (147). Pues bien, esta política que al actuar se implementa como ciudadanía, no es una ejecución aislada, sino, por el contrario, un conjunto de prácticas introducidas en, permítaseme la expresión, una economía de poderes. De aquí la fragilidad, el hecho de que la ciudadanía sea un espacio esencialmente contestable, un espacio de memorias y luchas donde las identidades colectivas juegan un papel primordial. Un espacio donde los ciudadanos descodifican determinados lenguajes y prácticas, un espacio de memoria con sus signos,

símbolos y ritos. Vista de este modo, la ciudadanía es una empresa hermenéutica, una forma de discurso, de rememoración crítica (150) y, en último término, un ejercicio moral: la ciudadanía democrática es la ejecución de una práctica de compromiso, de apuesta (162-163). Con Arendt, Bárcena nos muestra que el conflicto no tiene por qué ser algo peligroso siempre que se nos enseñe a aceptarlo en un pro-

ceso comunicativo. Quizá sea esta enseñanza la que realmente nos otorga una de las esencias de la democracia: «en mi opinión, por tanto, lejos de poder limitar la ciudadanía a la mera adquisición de un estatus, considero que existe la posibilidad de elaborar un concepto moral de ciudadanía —de buena ciudadanía— cuando la pensamos en los términos de una *práctica* de compromiso o actividad deseable» (184).

LA CIUDADANÍA A DEBATE

Bernat Riutort Serra

CARLOS THIEBAUT: *Vindicación del ciudadano*, Barcelona, Paidós, 1998

El texto de Carlos Thiebaut publicado con el título *Vindicación del Ciudadano*, cubre un doble objetivo; el de realizar un balance del debate individualismo comunitarismo en la filosofía norteamericana y el de exponer las posiciones del autor en los temas discutidos. Detrás de ambos aspectos subyace un tercer objetivo explícito, la reivindicación del *liberalismo político*.

La exposición es clara y comprometida. El libro se compone de cinco ensayos. Cada uno gira en torno de un haz de problemas, respecto del cual se exponen las razones de las posiciones enfrentadas. La dialéctica puesta en juego decanta un vencedor en cada episodio, no sin antes haberse arriesgado narrativamente. El resultado —pretende— afianza las posiciones del liberalismo político *revisado*, frente a las críticas comunitaristas.

En la introducción al debate hallamos un diagnóstico de nuestra época. Las espe-

ranzas puestas en la razón ilustrada que movilizaron tantos esfuerzos se han visto defraudadas por múltiples y abominables episodios de barbarie. Quienes proclaman el fracaso de la modernidad vuelven retroactivamente el argumento. De la barbarie concluyen el fracaso de la razón moderna. La atribuyen a diversas causas: Una razón monolítica y omnipotente que ha forzado la pluralidad de la vida y la diferencia. La razón práctica se ha trocado en razón instrumental. El ser humano no está a la altura de las exigencias de la razón ilustrada.

Thiebaut considera importantes dichas razones. No obstante, sienta una tesis alternativa; la barbarie no es tanto el fruto de la razón ilustrada, sino de su *ausencia reiterada*. El *pathos* del fracaso se desplaza hacia los *problemas* de la razón: Es preciso recomponer el «rompecabezas» de la razón para dar cuenta de los hechos. La tarea a realizar es constructiva y reconstructiva de nuestras formas de racionalidad. Sin renunciar a la generalidad de la que hacía gala la metafísica, la filosofía posmetafísica tiene que